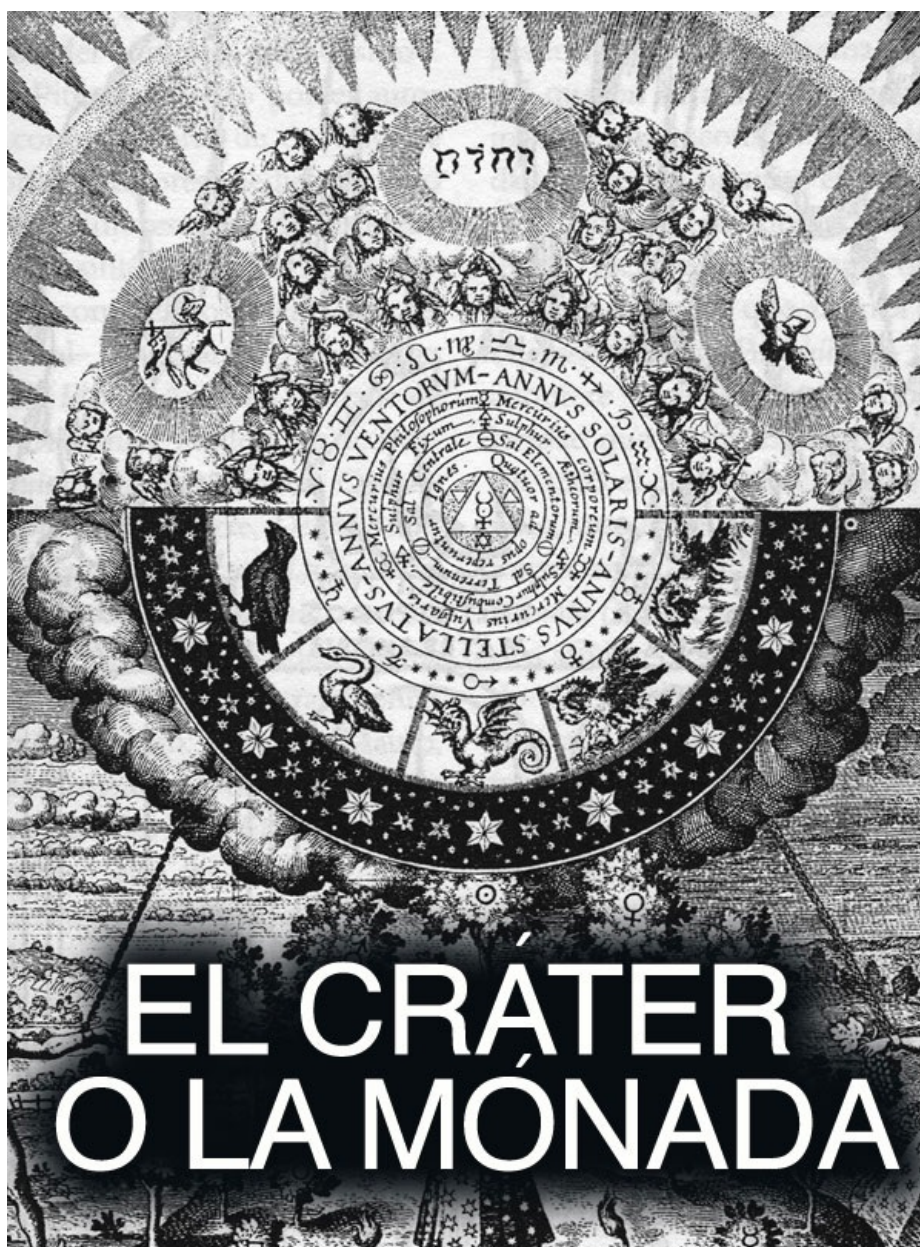




EL CRÁTER O LA MÓNADA

HERMES TRISMEGISTO

Hermes Trismegisto

El Cráter o la Mónada

bajalibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-927-1

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

(En *Los Libros de Hermes Trismegisto*, Edicomunicación, Barcelona, 1998)

El Gran Obrero ha hecho al mundo, no con sus manos, sino con su Palabra. Tienes que representártelo como presente y siempre existente, como el autor de todo, el Uno y el Solo, el que ha creado los seres por su voluntad. Su cuerpo no es tangible, ni visible, ni mensurable, ni extenso, ni parecido a ningún otro cuerpo. No es el fuego, ni el agua, ni el aire, ni el espíritu, pero todo viene de El. Siendo bueno, ha querido crear el mundo por Sí mismo y adornar la tierra. Como adorno del cuerpo divino ha colocado al hombre, animal inmortal y mortal. El hombre domina sobre los animales por razón y la inteligente. Ha nacido para contemplar las obras de Dios, admirarlas y conocer a su Autor. Dios ha distribuido la razón a todos los hombres, pero no la inteligencia; no es que la haya enviado a algunos, pues la envidia le es ajena, ella nace en las almas de los hombres que no tienen inteligencia.

TAT - ¿Por qué, entonces, oh padre, Dios no ha distribuido la inteligencia a todos?

HERMES - Ha querido, oh hijo mío, colocarla en medio de las almas como un premio a conquistar.

TAT - ¿Y dónde la ha colocado?

HERMES - Ha llenado con ella un gran cráter y lo ha hecho llevar por un mensajero, ordenándole gritar esto a los corazones de los hombres: "Bautizaos, si podéis, en el cráter, aquellos que creéis que volveréis al que lo ha enviado, aquellos que sabéis por qué ha nacido". Y los que respondieron a esta llamada y fueron bautizados en la Inteligencia, éstos poseyeron la Gnosis y se convirtieron en los iniciados de la Inteligencia, los hombres perfectos. Los que no la comprendieron poseen la razón, pero no la inteligencia, e ignoran por qué y para qué han sido formados. Sus sensaciones recuerdan a las de los animales sin razón. Formados únicamente de pasiones y deseos, no admiran lo que es digno de ser contemplado, se entregan a los placeres y a los apetitos del cuerpo y creen que esto es la finalidad del hombre. Pero los que han recibido el don de Dios, éstos, oh Tat, considerando sus obras, son inmortales y no ya mortales. Abarcan con la inteligencia lo que está sobre la tierra y en el cielo, y lo que puede haber por encima del cielo. A la altura a la que han llegado, contemplan el Bien, y este espectáculo les hace considerar como una desgracia su morada aquí abajo. Desprecian todas las cosas corporales e incorporeales, aspiran hacia el Uno y el Solo. Tal es, oh Tat, la ciencia de la inteligencia: contemplar las cosas divinas y comprender a Dios. Tal es el don del cráter divino.

TAT - Yo también quiero ser bautizado, oh padre.

HERMES - Si no empiezas por odiar a tu cuerpo, oh hijo mío, no puedes amarte a ti mismo. Amándote a ti mismo, poseerás la inteligencia y entonces obtendrás la ciencia.

TAT - ¿Qué quieres decir, oh padre?

HERMES - Es imposible, oh hijo mío, apegarse a la vez a las cosas mortales y a las cosas divinas. Los seres son corporales o incorporeales, y en ello lo mortal se distingue de lo divino; hay que escoger lo uno o lo otro, porque uno no puede apegarse a los dos a la vez. Cuando se ha hecho una elección, lo que se abandona manifiesta la energía de lo otro; escogiendo lo mejor, se obtiene primero una magnífica recompensa, la apoteosis del hombre, y además se muestra piedad hacia Dios. Una mala elección es la pérdida del hombre, pero sin perjudicar a Dios; únicamente, que, como esos paseantes ociosos que estorban los caminos, se pasa a través del mundo arrastrado por los placeres del cuerpo.

Puesto que es así, oh Tat, el Bien que viene de Dios está a nuestra disposición, no tenemos más que tomarlo sin tardanza. El Mal no viene de Dios, viene de nosotros mismos que lo preferimos al Bien. Ves, oh hijo mío, cuántos cuerpos debemos atravesar, cuántos corazones de espíritus (demonios), y revoluciones de estrellas para llegar al único y solo Dios. El Bien es inaccesible, infinito y sin límites; para El mismo no tiene principio, mas para nosotros parece tener uno que es la Gnosis. La Gnosis no es precisamente el principio del Bien, pero es por ella como llegamos a El. Tomémosla,

pues, como guía, y avanzaremos a través de todos los obstáculos. Es difícil abandonar las cosas presentes y acostumbradas para volver a las antiguas rutas. Las apariencias nos atraen y rechazamos creer en lo invisible a los ojos, porque no tiene ni forma ni figura; es parecido a El mismo y diferente de todo el resto. Lo incorpóreo no puede manifestarse al cuerpo. He aquí en qué lo parecido se distingue de lo diferente, y en qué lo diferente es inferior a lo parecido.

La unidad, principio y raíz de todas las cosas, existe en todo como principio y raíz. No hay nada sin principio; el principio no deriva de nada más que de él mismo, porque todo deriva de él. El es él mismo su principio, contiene todos los números y no es contenida por ninguno. Ella engendra todo y no es engendrada por ningún otro. Todo lo que es engendrado es imperfecto, divisible, susceptible de aumento o de disminución. Lo perfecto no posee ninguno de estos caracteres. Lo que puede crecer crece por la unidad, y sucumbe a su propia debilidad cuando no puede recibir a la unidad.

He aquí, oh Tat, la imagen de Dios, en la medida en que puede ser representada. Si la contemplas atentamente y si la comprendes con los ojos del corazón, créeme, hijo mío, encontrarás el camino de la ascensión, o mejor dicho esta imagen misma te conducirá; porque tal es la virtud de la contemplación, encadena y atrae, como el imán atrae al hierro.

(La penúltima línea de este trozo es citada por Estobeo, "Eglogas físicas", XI, 15)